

Dostoievski y la modernidad

Esteban A. Gasson Lara
Universidad Autónoma de Chihuahua

*Me llaman psicólogo: es mentira,
sólo soy realista en un sentido elevado,
es decir, represento toda la profundidad
del alma humana.*

F. Dostoievski

EL PENSAMIENTO Y HERENCIA de Dostoievski, como sabemos, no ha estado reducido a la literatura, como muy bien se pudiera creer, ya que su obra ha tenido, por ejemplo, una significativa huella en el mundo filosófico, donde sus reflexiones, propuestas y señalamientos han impactado y han sido objeto de escrutinio y análisis. Las razones de tal interés e influjo tienen que ver indudablemente con las profundas dimensiones espirituales que presentan sus escritos, que se perfilan como atinentes a los diferentes ámbitos de la actividad humana. En ellos plantea cuestiones relacionadas con la existencia y la presencia del mal y la felicidad dentro de una trama, donde aparecen de manera central las dimensiones religiosas o teológicas de la vida humana y la creencia en la Divinidad.

Al mismo tiempo, hay que recordar que en este entramado se conjuga una formación y educación personal, en la que se integraban la cultura rusa, con el pensamiento literario y filosófico alemán, sus lecturas de los padres de la iglesia y su gran interés por la literatura y pensamiento francés de su época, aquí como sabemos sentía una gran admiración por Balzac. O sus lecturas del pensamiento y la literatura inglesa y de otros lares. Igualmente, podía hablar aparte de su propia lengua el alemán y el francés, lo que le facilitaba un contacto directo con las aportaciones y herencia de esos idiomas. Toda esta preparación y formación le daban, así, un conocimiento y una percepción de la cultura de su tiempo y, a su vez, lo demarcaban. Ya que su propia trayectoria era un tanto distinta a la que presentaba el mundo europeo de su época, pues como dice al respecto Steiner: “La tradición



de Balzac, Dickens y Flaubert era secular. El arte de Tolstoy y Dostoievski era religioso.”¹

Bagaje y diferencia que se refleja en el tono con que se despliegan, tácita y explícitamente, los contenidos de sus escritos y de su propia personalidad. Sus obras pronto captaron la atención de los críticos literarios y los filósofos de su propia lengua al sentirse cautivados y alumbrados por su talento. Circunstancias que encaminaron a algunos de ellos a entablar contactos epistolares o de amistad con él. Por ejemplo, Berdyaev lo considera, por una parte, como “el clímax de la literatura rusa y su más fina expresión dada su muy elegante sobriedad, religión y carácter atormentado [...]”² Igualmente lo percibió como “un verdadero filósofo, el más grandioso que ha conocido Rusia.” A la vez, que lo discernió como “fervoroso de la verdad cristiana y su tradición eterna.” A la par de estas opiniones de su compatriota, se encuentran las de ciertos filósofos extranjeros que lo consideraron como un pensador profundo y algunos de ellos se han visto influidos por sus obras, tal como lo señaló Nietzsche y como después lo haría Wittgenstein o cuando Heidegger se vio impactado por sus ideas y propuestas; aunque, como era su costumbre, las ocultó.

En cuanto a los contenidos de su obra y herencia, uno de los puntos sobresalientes de sus aportes es su in-

terés por la existencia humana, la persona es pensada como un microcosmos donde los misterios del mundo pueden ser discernidos o entendidos, puesto que es un individuo real quien enfrenta las contradicciones, las complejidades y la problemática de la vida, así como las perplejidades frente al entorno natural o social o individual. Por lo mismo, sus preocupaciones no son únicamente teóricas, sino que, por igual, presentan peculiaridades existenciales que infelizmente y especialmente, según discierne Dostoievski, se encuentran oscurecidas, ya que las personas se han extraviado en la realidad mundana.

Esta situación lleva a la incompreensión y la pérdida de aquello que es más valioso, es decir, a sufrir ante la carencia de una existencia auténtica. Desconcierto creado, por lo que él llama “La época presente”, que no es otra cosa que “la época del justo medio y de la insensibilidad. Pasión de la ignorancia, pereza, incapacidad para obrar, necesidad de que todo esté hecho. Nadie reflexiona ya; muy pocos podrían forjarse una idea.” (A 71) Por lo cual, el ser humano parece querer deshacerse de sí mismo, refugiándose en algún remedo o extraviarse divagando en los meandros de su propia existencia y donde supone que “es fastidioso vivir con ideas. Sin ideas, siempre se está alegre.”³ Desvarío producto de lo que Dostoievski llama, en la voz de Aliosha,

¹ George Steiner, *Tolstoy or Dostoevsky*. New Haven, Yale University Press, 1996, p. 43.

² Nicolas Berdyaev, *Dostoevsky. An interpretation*. San Rafael, Sematron Press, 1934, p. 30.

³ Fiódor Dostoievski, *El adolescente*. Barcelona, Juventud, 1875, 250.



“la fuerza de la tierra, [...] una fuerza violenta y brutal ...”,⁴ por su carácter enajenante y destructivo, que arrastra y pierde a las personas. Todo da igual.

Frente a ese impulso violento y nivelador, por lo mismo, es fundamental que el ser humano no sea reducido a ser una parte del mundo material, ya que no es un objeto o ente de la realidad empírica, al poseer una existencia que es especialmente espiritual. Tampoco puede ser entendido como una expresión matemática u una idea. Tal como lo imagina la modernidad, que aparece representada en su obra *Los hermanos Karamazov* como aquel médico, que conoció el Starets Zosima y quien le aseguraba vehementemente que: “Amo a la humanidad, pero me siento extraño a mí mismo. Cuanto más amo a la humanidad en general menos amo a las personas en particular, como individuo. [...] En cambio, de una manera invariable, cuanto más detesto a la gente en particular, más ardo en amor por la humanidad.”⁵ Expresiones que muestran a plenitud ese desconcierto ante la concreitud de lo humano y que inducen a transformar a la persona individual en una idea o símbolo o generalización. Idealización que hace patentes unas visiones reduccionistas-racionalistas que quieren sustituir a lo ético con una teoría o símbolo.

Ahora el modernista desea suprimir a los seres humanos, esperando beneficiarse con una “independencia, tranquilidad de espíritu, claridad de la meta.”⁶ Encerrándose en un “aislamiento más perfecto” con el que sueña darse a “la tarea de reconstruir el mundo a mi modo.”⁷ Divagaciones ociosas que traen como consecuencia, el domino de las ideas ginebrinas, es decir, modernistas que buscan “la virtud sin el Cristo, [...] o, por decirlo mejor, es la idea de toda la civilización moderna.”⁸ Por lo mismo, ya no existen médicos como antaño, que trataban a las enfermedades en general, porque en la actualidad han sido sustituidos por toda una gama de especialistas o técnicos que únicamente perciben y conocen un fragmento de su entorno. Así, Arcadio en la novela *El adolescente* refiriéndose al médico que lo está tratando, lo caracteriza como “groseramente inculto, ‘como todos nuestros técnicos y especialistas de hoy, que en estos últimos tiempos se dan tantos humos.”⁹ Palabras que enmarcan a la precisión ese estado de cosas modernista.

De cualquier manera, la persona humana tampoco puede ser reducida a ser objeto u ente puramente empírico bilógico o material, al poseer o presentar una dimensión no racional, ya que se encuentra envuelto en la paradoja y el misterio de su propia existencia y la del mundo que habita. En este

⁴ Fiódor Dostolevski, *Los hermanos Karamazov*. Barcelona, Credsá, 1880, 276.

⁵ *Los hermanos*, op. cit., 83.

⁶ *El adolescente*, op. cit., 93.

⁷ *Ibidem*, 109.

⁸ *Ibidem*, 242.

⁹ *Ibidem*, 396.

sentido, no puede ser pensado como un ser inerte, ya que la vida requiere de motivos e intenciones personales. Lo que nos permite reconocer que: “Las raíces de nuestros sentimientos y nuestras ideas no están aquí, sino en otra parte. Por eso los filósofos dicen que es imposible comprender sobre la tierra la esencia de las cosas. Dios ha tomado las semillas de otros mundos para sembrarlas aquí y ha cultivado su jardín.”¹⁰ En consecuencia, la vida humana ostenta una parte espiritual, que Dostoievski nombra la mitad superior de lo humano. Dimensión vital de la existencia, que muchas veces ha querido ser olvidada o más bien desterrada al tratar de ceñirla como un aspecto puramente sensual.

Al ser aceptado ese desatino, conduce a plantear la cuestión de cuál es el valor de las personas, abriéndose una interrogante portadora de confusiones conceptuales y ontológicas, al suponer que los valores son estados de cosas y que los individuos humanos pueden ser pensados como objetos puramente mundanos. Errores de interpretación, ya que ni los valores ni las personas se pueden pensar como eventos factuales y, por lo tanto, buscar una respuesta cognitiva ante estas cuestiones es una tarea imposible y fuera de lugar. Lo que sí encontramos es que los valores están concatenados con las conductas que llamamos virtuosas o no y que las personas no podemos vivir sin ellas, al no estar restringidas a

un mundo meramente fisiológico, sino a uno de carácter ético-espiritual que trasciende lo puramente empírico.

Estos valores tampoco son sentimentalismos como llegaron a asegurar los positivistas, sino que están vinculados con la Divinidad quien no solo da la vida, sino que la autentifica como humana. En este sentido, afirma Dostoievski, que “si Dios no existe, no existe la virtud, resulta inútil.”¹¹ Y si esto es el caso, entonces nos encontráramos ante una disyuntiva, y cabría plantearse “¿qué será del hombre sin Dios y sin inmortalidad? Todo está permitido. Es lícito todo, por consiguiente.”¹² Pero, si todo está permitido y es legítimo, entonces no existe ningún valor, ninguna dimensión espiritual, lo que convierte al hombre en un ser inerte sujeto al vaivén de las fuerzas ciegas de la naturaleza, lo que deja completamente desamparada cualquier teorización al respecto. Vacíándose su existencia, ya que no habría metas ni objetivos, la vida no tendría sentido, sino que seguiría un curso puramente fisio-biológico determinado de antemano por las leyes de la naturaleza y, por lo mismo, la persona estaría carente de voluntad y de una falta de consciencia de sí mismo.

Pero frente a esa posibilidad, dice Dostoievski uno muy bien podría reflexionar e interrogarse nuevamente: “¿Qué haremos si Dios no existe, si es que Rakitin tiene razón al pretender que es una idea creada por la humanidad? En este caso, el hombre sería

¹⁰ *Los hermanos, op. cit.*, 387.

¹¹ *Ibidem*, 724.

¹² *Ibidem*, 679.



rey de la tierra y del universo. ¡Muy bien! Pero yo me pregunto: ¿Cómo sería virtuoso sin Dios? ¿A quién amaría el hombre entonces? ¿A quién cantarían himnos de reconocimiento?”¹³ Lo más probable es que pasaría aquello que le increpa Smerdiakov, a su medio hermano Iván, de que entraríamos en un estado de desasosiego y de temor, por aquello de que: “Todo está permitido, dijo usted y ahora tiene usted pánico [...]”¹⁴ Encarándolo y acusándolo de haberlo embaucado con todas sus grandilocuentes teorías modernistas, que finalmente lo orillaron a cometer lo impensable. Por ello, le restriega a su hermano con una serie de preguntas; ¿por qué se preocupa usted ahora después del asesinato de su padre?; ¿por qué quiere denunciarme? Haciéndole ver, asimismo, el hecho de que se parece mucho a él, al haber heredado su naturaleza sensual mundana. Parecidos que había sido incapaz de advertir, al creerse completamente distinto y muy superior a su progenitor.

Así, a pesar de todas sus bravatas e ideas Iván, para el caso el hombre moderno, no se puede atrever a hacer nada, carece de la voluntad de llevar a cabo lo que elucubra fantasiosamente. A final de cuentas son puros sueños, que en su caso no se concretan en acciones concretas de su parte. Y, “lo mejor es no hacer nada en absoluto. Uno tiene al menos la consciencia tranquila, puesto que no ha participado en nada.”¹⁵ No obstante, aquello

que se teoriza o se idealiza tiene unas consecuencias muchas veces imprevistas, cuando existen personajes dispuestos a ponerlas en práctica, y ahora sí que afectan y dañan a los otros. Tal como lo delata su relato del “Gran inquisidor”, donde el inquisidor reniega del Señor acusándolo y queriendo sustituirlo con sus propios planes y divagaciones utópicas, de cómo debería ser la existencia humana. Narración que aparece dentro de los contenidos de la novela los *Hermanos Karamazov* y que ha sido objeto de un amplio escrutinio, ya que plasma de manera genial las características que presenta la modernidad. En una trama que intenta demostrar según su autor, por un lado, la decadencia de la iglesia cristiana señalando que los preceptos que aparecen en los Evangelios han sido trastocados, al ser sustituidos por otros de corte mundano. Crítica con la cual Iván Karamazov intenta, de una manera satírica, exhibir y mofarse de la degeneración en la que ha caído la religión. Situación, que además se ve reforzada, ante sus ojos con el hecho paradójico de que para muchos aún resulta atractiva. Por tales motivos, propone por otro lado una alternativa para sustituirla con sus propias propuestas e intenciones, con las cuales se crearían un nuevo paraíso en la tierra.

Plantea así un intento de rehacer, a su propia y personal manera, el mundo. Al suponer que él como su promotor posee una superioridad

¹³ *Ibidem*, 682-683.

¹⁴ *Ibidem*, 717.

¹⁵ *El adolescente*, *op. cit.*, 241.

que puede romper y vencer cualquier principio social, moral o legal, promoviendo un orden superior. Sin recapacitar que en muchas ocasiones estas propuestas han llevado y continúan llevando a crímenes ignominiosos y a la destrucción en aras de unos falsos ideales, cuyo florecimiento y multiplicación desembocan en la maldad y la locura tal como lo muestra la historia. Por lo mismo, su hermano Smerdiakov le advierte y resalta que todos sus anhelos redentores que aparecen en esa y otras de sus fábulas son meras maquinaciones de una persona que como él se muestra incapaz de realizar tales prodigios. Ya que sus elucubraciones son el producto de una existencia vacía e incompleta, al carecer realmente de valores y de fe.

El modernista así no es consciente de que la moralidad no está determinada por las convicciones puramente personales, que las más de las veces son completamente subjetivas y, por lo mismo, pueden ser cuestionadas en cualquier momento. Así, ante a tales aparentes portentos no cabe más que contrastarlos a la contra luz de “Cristo, pero aquí ya no se trata de filosofía, sino de fe, y la fe es un color rojo.”¹⁶ Esta fe que nunca “se impone”¹⁷ y, por ello, aquel que la rechaza está esclavizado por las fuerzas inhumanas de la tierra. Poder que se ejemplifican con el anonadante hecho, como dice Dostoievsky de que: “El inquisidor ya

es inmoral sólo porque en su corazón, en su consciencia pudo vivir la idea de la necesidad de quemar gente.”¹⁸ Tal como lo muestra palpablemente en la realidad, el caso de Nietzsche quien se paragonaba y regocijaba de las criminales perversidades genocidas de las bestias blondas en su *Genealogía de la moral*. Proyectos redentores que finalmente no sólo conducen a los sujetos a la maldad, sino asimismo a ser subyugados con anhelos y deseos que finalmente se convierten en promesas incumplidas, cargándolos de dolor, de falta de libertad, de violencia y criminalidad, conduciéndolos finalmente a la locura o a la muerte.

Sin embargo, frente a tales delirios, quebrantos, dolores y temores producidos por nuestros empeños mundanos o ateos, y donde la Divinidad pasa a ser considerada como si fuera un sujeto empírico que puede ser examinado por la ciencia, cabe aclarar al respecto que: “La naturaleza de Dios es contraria a la naturaleza de hombre.”¹⁹ Y consecuentemente tales tipificaciones no atiende a el hecho fundamental de las grandes diferencias que se median entre uno y otro. Malentendido que de cualquier forma tiende a ampararse y encerrarse en los resultados de la ciencia y sus generalizaciones sobre los hechos. Al creer que todos los misterios que nos rodean pueden ser descubiertos por la razón, y aún aquellos que todavía

¹⁶ Fiódor Dostoievski, *Diario de un escritor. Crónicas, artículos y apuntes*. México, Páginas de Espuma, 2010, 1589.

¹⁷ *Los hermanos, op. cit.*, 729.

¹⁸ *Diario...*, *op. cit.*, 1589.

¹⁹ *Ibidem*, 1548.



no lo han sido serán posteriormente explicados, de esta manera.

Intenciones que tampoco dan cuenta del hecho de que el hombre no muere por completo, porque por una parte hereda algunos de sus rasgos a sus descendientes o también porque deja recuerdos, y en algunos casos ideas o escritos, que quedan resguardados en la memoria; aunque, ciertamente pueden desvanecerse con el paso del tiempo. Pero en todo caso, lo más importante es la aspiración que tienen las personas con respecto a Cristo como ideal, ya que cuando se logra “alcanzar esta aspiración, el hombre verá que en la tierra todos los que alcanzaron este objetivo entraron en la composición definitiva, o sea, en Cristo.”²⁰ Donde al conseguir ese ideal definitivo, “tiene que resucitar y entrar en la vida definitiva, sintética, infinita.”²¹ Por tal motivo, afirma el pensador ruso, que cuando se da esta síntesis, es decir, esa reconciliación de lo humano con lo Divino es porque refiriéndose a sí mismo: “Tengo fe en un reino total de Cristo. Cómo se hará, es difícil de adivinar, pero llegará. Tengo fe en que este reino será realidad. Pero aunque es difícil de adivinar, y las señales en la oscura noche de las adivinanzas se las puede notar solo mentalmente, yo creo incluso en estas señales.”²²

En este sentido, podemos confiar en la alegría de la resurrección consu-

midos en la plegaria, que se constituye verdaderamente como la forma de llegar a la Divinidad. Por ello, afirma Dostoievsky “creo en Dios”,²³ no como un tonto o un fanático, sino por la fuerza de la fe. Obteniendo un vigor que libera a nuestro espíritu y nos muestra que la existencia auténtica no está amarrada a la fuerza del mundo sino vinculada a la Divinidad. Esto hace diferente al creyente del ateo que se la pasa leyendo o razonando, y siempre está dudando sin poder decidirse a hacer o actuar. Carece igualmente de la belleza y, de hecho, la desprecia, porque ellos “están todos muertos en vida, únicamente que cada uno alaba su muerte y no piensa en volverse hacia la única Verdad; vivir sin Dios no es más que tormento.”²⁴ En consecuencia, podemos concluir que: “Si se rechaza a Dios, se arrodilla delante de un ídolo, de madera, o de oro, o imaginario. Todos son idolatras, y no ateos, así es como hay que llamarlos.”²⁵ Y aunque ciertamente la existencia de Dios y la inmortalidad no son comprobables empíricamente, ambas creencias no son de carácter cognitivo, ya que su aceptación es más que nada un acto de fe, que transforma a la existencia de la persona haciéndola responsable y feliz.

Al respecto, como expresó Wittgenstein siguiendo a Dostoievski: “La inmortalidad temporal del alma del hombre, es decir, su supervivencia eterna después de la muerte, no únicamen-

²⁰ *Ibidem*, 1549.

²¹ *Idem*.

²² *Ibidem*, 1573.

²³ *Ibidem*, 1588.

²⁴ *El adolescente, op. cit.*, 424.

²⁵ *Ibidem*, 424.

te no asegura ninguna cosa, pues ante todo con tal supuesto no se obtiene en absoluto aquello que se deseaba alcanzar con ella.”²⁶ Incertidumbres que, como asegura unas líneas más adelante, se desvanecen cuando se reconoce que: “La disolución del enigma de la vida en el espacio tiempo, yace *fuera* del espacio tiempo.” Ya que la inmortalidad, como la aceptación de la existencia de la Divinidad, no son una cuestión epistemológica ni depende de lo material, porque ante todo están cimentadas en un acto de fe que disuelve las dificultades existenciales de las personas, liberándolas de las incertidumbres y de la carga que implica enfrentarse a las fuerzas del mundo. Esta cuestión tiene que ver así con los límites, es decir, con los valores, con lo Divino.

Además, afirma Wittgenstein que: “La existencia de Dios garantiza su existencia, es decir, que aquí no se trata de la existencia de algo.”²⁷ Ya que podemos advertir que no es un objeto mundano o natural y, por lo tanto, comprender que: “Una prueba auténtica sobre Dios debe ser aquello, por

lo cual, uno puede convencerse de la existencia de Dios.”²⁸ Puesto que aquí no se requiere de ninguna clase de pruebas, sino de una aceptación de la Divinidad y de los valores que sustentan tales creencias. Por consiguiente, creer en Dios significa comprender el sentido de la vida, y ver que con los puros hechos del mundo no es suficiente. Entendiendo, a la vez, que la consciencia humana es la voz de Dios que resuena en nosotros. Reflexiones compartidas con Dostoievski, cuando indicaba igualmente que: “Una consciencia sin Dios es algo espantoso, puede perderse hasta la mayor inmoralidad.”²⁹ Es decir, extraviarse en el vaivén de las fuerzas del mundo, en lugar de asentarse en los valores que vinculan a la persona con la Divinidad. Sólo aceptando y haciendo efectiva esa voz y esos valores, es como se puede recibir la fuerza vital que hace feliz a la persona. “Y en tal sentido, Dostoievski está en lo correcto, cuando expresa, que aquel que es feliz cumple con el propósito de la existencia.”³⁰

²⁶ Ludwig Wittgenstein, *Tractatus*, 6.4312.

²⁷ Ludwig Wittgenstein, *Vermischte Bemerkungen* en *Werkausgabe* (Bd. VIII), Suhrkamp, Frankfurt am Main de Wittgenstein, 1977, 566.

²⁸ *Ibidem*, 571.

²⁹ *Diario...*, *op. cit.*, 1589.

³⁰ Ludwig Wittgenstein, *Tagebücher 1914-1916*, en *Werkausgabe*, Bd. I. Suhrkamp, Frankfurt am Main, 1961, 6/7/16.

